

Sueño conscientemente asumido

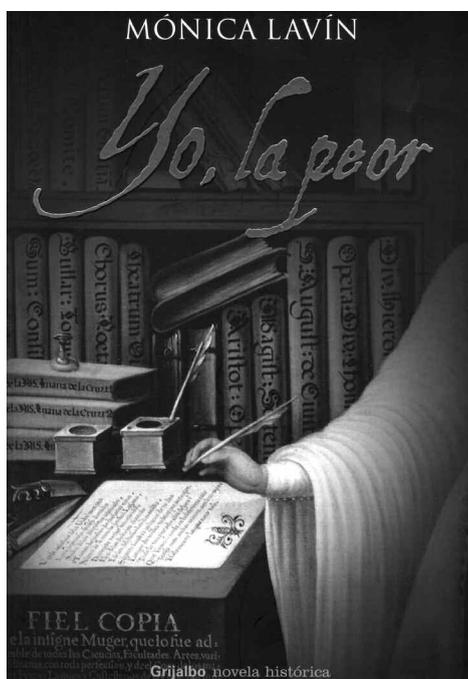
Ignacio Solares

Para su primera incursión en el terreno de la novela histórica, Mónica Lavín escogió un personaje mayor —inmenso si los hay—: sor Juana Inés de la Cruz. ¿Qué más se puede decir que no se hubiera dicho ya de la más grande figura de la literatura novohispana, luego de los estudios de Margo Glantz, Antonio Alatorre, Elías Trabulse, José Pascual Buxó, Dolores Bravo, Octavio Paz, entre otros tantos y tantos estudiosos de la vida y obra de la monja jerónima?

Como la excelente novelista que es, Mónica Lavín encontró el ángulo novedoso para contarnos la vida de este extraordinario personaje: a través de la mirada de las mujeres que la acompañaron en las diferentes etapas de su vida, como bien dice la autora, desde que sor Juana “aún no era la que sería (como dice Borges de Emma Zunz) hasta el tiempo último en que se quería que dejara de ser la que ya era”.

En *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, Octavio Paz señala que el enigma de sor Juana es muchos enigmas: los de su vida y los de su obra. Sin embargo, estos enigmas no se entienden entre sí fácilmente. Dice Paz que “la vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica la vida. Entre una y otra hay una zona vacía, una hendidura. Hay algo que está en la obra y que no está en la vida del autor: ese algo es lo que se llama creación o invención artística y literaria. El poeta, el escritor es el olmo que sí da peras”.

En tanto Paz se abocó a explorar las relaciones entre la vida y la obra de sor Juana con la historia de su tiempo, Mónica Lavín entreteje con su arte narrativo estos tres ámbitos para entregarnos el retrato humano, íntimo, del personaje de la mujer en todas sus facetas: niña, adolescente, cortesana,



monja, poeta. Pero además de darle voz, más allá de lo que conocemos a través de su propia obra, de sus cartas y testimonios, Lavín optó por escoger los ojos de otras, las experiencias de las mujeres reales y probables —que no existieron realmente, pero que pudieron o debieron haber existido— que atestiguaron, acompañaron o dificultaron su vida.

Quienes busquen en esta obra una biografía novelada de sor Juana se verán algo decepcionados. No es un estudio más sobre su obra ni una investigación para encontrar detalles “escandalosos” de la vida de la así llamada “décima musa”. Se trata de una verdadera novela histórica, donde la autora ha tomado como punto de partida a personas, hechos y lugares que verdaderamente existieron, y los ha introducido en el mundo de la ficción, donde todo está permitido si es útil para lograr el objetivo de toda nove-

la, que es mostrar la visión de un mundo, en este caso, del mundo habitado por el personaje de sor Juana: el mundo visto desde el otro lado de sus escritos, en el momento y la circunstancia en que ocurrieron. Sólo de esta manera, el novelista puede hacer visible lo invisible.

Mónica Lavín —que entre otros galardones ha obtenido los premios Gilberto Owen y el de Narrativa Colima— eligió una estructura ágil para contar la historia de Juana Inés en las distintas fases de su vida, desde su infancia en Amecameca, al pie del volcán, para luego trasladarse a la Ciudad de México, su tránsito por el palacio virreinal, para finalmente aposentarse en el convento de la orden de san Jerónimo. Cada época de su vida está marcada por la presencia de otras mujeres que la cuidaron, la aconsejaron y la influyeron: su madre, su abuela, sus hermanas, sus tías, su maestra, las esclavas, la virreina.

En este mundo eminentemente femenino, la sensibilidad de la autora nos guía por las vicisitudes de la existencia de estas mujeres del siglo XVII, y nos las muestra generosas, comprensivas, solidarias entre sí, víctimas de los atavismos que aún hoy sufren muchas mujeres: los roles sociales y los estereotipos dominantes, la represión de la sexualidad, las restricciones para participar activamente en la sociedad.

Por eso no podía faltar el acecho masculino de “los lobos”, como la autora llama al arzobispo Aguiar y Seixas, al obispo Fernández de Santa Cruz y al confesor Núñez de Miranda. Estos “lobos” serán los que finalmente provoquen el “silencio” de sor Juana, quien se las arreglará para burlar a sus acusadores y seguir escribiendo, en lo que representa otro de los enigmas de su vida.

Sin embargo, la novela no estaría completa si la autora no nos dejara escuchar la voz del personaje, por lo que cada sección está encabezada por sendas cartas de puño y letra (en la ficción, desde luego) por Juana Inés, dirigidas a la virreina María Luisa —la única inteligencia femenina a la que conoció con la misma sed de conocimiento que la impulsó toda su existencia.

En el ensayo “Sor Juana y los hombres”, Antonio Alatorre retoma el planteamiento hecho por Octavio Paz en el sentido de que eso que Sigmund Freud llama “envidia del pene”, en Juana Inés tomó una de las muchas vertientes posibles: se convirtió en envidia de los libros, envidia del estudio.

Afirma Alatorre que “este análisis está fundado en el propio testimonio de sor Juana (comenzando con el haber aprendido a leer a los tres años), que es posible partir de la explicación y reconstruir un “sueño” que ella no cuenta expresamente, al revés de lo que ocurre, en el psicoanálisis de personas vivas, donde primero viene el sueño loco, el sueño absurdo, y luego la explicación”. Todo esto nos lleva a concluir algo muy simple: sor Juana tuvo el sueño de ser hombre. Sólo que, en este sueño, hombre no significaba individuo de sexo masculino, sino individuo del género *homo sapiens*.

De esta forma, la vida de sor Juana giró en torno a este sueño conscientemente asumido. Ella se propuso demostrar que una mujer era tan hombre (tan plenamente ser humano) como cualquier hombre. “Y si alguien le hubiera interpretado ese querer ser hombre como envidia del pene, a ella no le hubiera importado. Siendo la cultura de su mundo de tal manera masculina, igual daba entender lo uno que lo otro. Además, era preciso que el mundo no viera en ese empeño ninguna anomalía”, señala Alatorre.

Octavio Paz también destaca que a veces los biógrafos de sor Juana suelen olvidar “el carácter acentuadamente masculino de la cultura novohispana”, que es en realidad el de toda la cultura occidental en el siglo XVII. Pero lo cierto es que el papel de la mujer estaba aún más restringido en España y su imperio que en Francia e Italia, para sólo poner ejemplos de países católicos. De ahí que a sor Juana se le viera como un “fenómeno” y fuera atacada con tanta virulencia por los llamados “lobos”.

Por eso resulta tan interesante el tratamiento escogido por Mónica Lavín para abordar a sor Juana como personaje novelístico. Gran parte de la obra narrativa de Mónica Lavín se ha distinguido por abordar el universo femenino desde una perspectiva intimista, en la que la sensibilidad de sus personajes está siempre a flor de piel y sumerge al lector en el mundo de sentimientos, relaciones y contradicciones en los diversos ámbitos de la existencia: el amor, la pasión, el deseo, la amistad, la lealtad, la belleza, la creación, la búsqueda de la identidad.

Se dice que los escritores están destinados a escribir un solo libro, que todos los libros anteriores son en realidad preparatorios, simples ensayos, de aquél al que están llamados a crear para trascender en la historia literaria. Éste es, quizás, el caso de la novela de Mónica Lavín sobre sor Juana. Los recursos aprendidos y utilizados en varias de sus novelas anteriores, tales como *Tonada de un viejo amor*, *Cambio de vías*, *Café cortado*, *La línea de la carretera* y *Hotel Limbo*, entre otras, prefiguraron la escritura de *Yo, la peor*.

Si en *Noticias del Imperio*, Fernando del Paso nos introduce en la mente desquiciada de Carlota para contarnos las consecuencias de la aventura descabellada en la que se embarcaron los ingenuos europeos del Segundo Imperio, Lavín nos coloca en el interior de la mente de una mujer excepcional, no sólo por su sensibilidad sino sobre todo por su inteligencia, eminentemente moderna y lúcida, que conocemos en todo su esplendor en la célebre *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*.

La sor Juana de Mónica Lavín es implegable en sus cuestionamientos, como se puede advertir en el siguiente fragmento de una de las cartas que dirige a su confidente y amiga, la virreina:

Ya lo decía la magnánima Filotea, que usara yo los dones para empresas sensatas, que no para hablar de asuntos que competen a los altos señores de la Iglesia. ¿O sea que hay temas que no son para nosotras las mujeres ni aun cuando religiosas y en clausura hemos renunciado al mundo y su bullicio? ¿O sea que nosotras, en virtud de un cuerpo que se distingue del de varón, no debemos acariciar



Mónica Lavín

ciertas palabras, dudar, pensar, indagar? Si nos es dado experimentar en la cocina y ver que un huevo se fríe y une en la manteca y aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar, ¿por qué no es posible indagar los terrenos de lo sagrado, donde ellos por permiso de su anatomía sí lo pueden hacer? Quiera Dios y la inteligencia de las mujeres que su encierro sea por voluntad y la extensión de su mirada también derive de sus propias decisiones. ¿A quién ofende leer? ¿A quién el asombro y el debate de las ideas?

Efectivamente, como lo señaló lúcida-mente Octavio Paz, para sor Juana la conciencia de su condición de mujer es insoluble de su vida y su obra. Juana Inés pronto descubrió que, en su afán de conocimiento, su sexo no era un obstáculo natural sino social. Por eso se vistió de niño para asistir a la universidad y luego se volvió monja como la única manera de dedicarse al estudio y a las letras. Pero, sobre todo, proclamó sin descanso en sus poemas que el entendimiento no tiene sexo y pidió —adelantándose varios siglos a su tiempo— la educación universal para las mujeres.

Con *Yo, la peor*, Mónica Lavín revela a sus lectores que sor Juana Inés de la Cruz no es tan sólo una monja que escribía poemas sino que en realidad representa a todas las mujeres, de ésta y otras épocas, en su lucha por abrirse paso en la sociedad, por hacer valer sus derechos y encontrar su lugar en el mundo. **U**

Mónica Lavín, *Yo la peor*, Grijalbo, México, 2009, 391 pp.